

Jorge Isaacs: de la literatura a la etnología

José Eduardo Rueda Enciso

Escuela Superior de Administración Pública, ESAP

Grupo de investigación histórica “Radicales y Ultramontanos”

Dirección electrónica: susana3060@hotmail.com

Rueda Enciso, José Eduardo. 2007. “Jorge Isaacs: de la literatura a la etnología”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 21 N.º 38, pp. 337-356.

Texto recibido: 24/04/2007; aprobación final: 16/07/2007.

Resumen. El artículo parte de los primeros acercamientos de Jorge Enrique Isaacs Ferrer (1837-1895) a la literatura, en 1860, y hace un recorrido analítico y biográfico por 35 años de la vida literaria, periodística, política y científica del autor de *María* (1867) y *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena* (1884); muestra el permanente acercamiento de Isaacs a la etnología, así como sus éxitos, indecisiones, fracasos y frustraciones en materias económicas y políticas, todo lo cual se concretó en una inestable vida itinerante entre el Cauca, Bogotá, Santiago de Chile, Antioquia e Ibagué, así como en el tránsito entre la literatura y la etnología.

Palabras clave: Jorge Isaacs, *María*, etnología, tradición oral, Colombia-siglo XIX, guerras civiles.

Abstract. This article begins with the first approximations of Jorge Enrique Isaacs Ferrer (1837-1895) to literature in 1860, and examines analytically and biographically his 35 years of the literary, journalistic, political, and scientific production of the author of *María* (1867) and *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena* (1884); shows his permanent interest in ethnology, in addition to his successes, indecision, failures and frustrations in economic and political topics, all of which was represented in an unstable, itinerant life between Cauca, Bogotá, Santiago de Chile, Antioquia, and Ibagué, just like the transitions between literature and ethnology.

Keywords: Jorge Isaacs, *María*, ethnology, oral tradition, 19th century Colombia, civil wars.

Estreno literario

El primer acercamiento de Jorge Enrique Isaacs Ferrer (1837-1895) a la literatura tuvo lugar en Antioquia, en 1860, cuando hacía parte de los ejércitos institucionales del gobierno de Mariano Ospina Rodríguez (1805-1895), en guerra contra el general Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1878). En esa su segunda participación en una guerra civil —ya lo había hecho en la de 1854— participó en algunas batallas importantes, como la del Puente de Cali y la de Manizales. En sus horas de descanso escribió una buena cantidad de poemas nostálgicos, evocadores del hogar y del Valle del Cauca; el más importante de ellos es “Río Moro”, que, además de ser un

homenaje al cauce que discurre entre Sonsón y Victoria, en el camino de Antioquia al Magdalena y en medio de una naturaleza salvaje y pintoresca, refleja el carácter aventurero de Isaacs, su amor a la naturaleza selvática, a la cacería, a las exploraciones lejanas y a la existencia libre y solitaria.

Al terminar la guerra civil en 1861, con el triunfo de Mosquera, Isaacs retornó al Valle del Cauca y, muy a su pesar, por disposición paterna consignada en testamento, tuvo que apersonarse de los maltrechos intereses familiares. Como refugio a un destino para el que no estaba preparado y para mitigar un tanto la frustración se dedicó a la literatura, y escribió varios poemas y algunas obras dramáticas. Dos años estuvo Isaacs tratando de sacar a flote las haciendas y demás intereses del legado paterno, con la ayuda jurídica del abogado y escritor Eustaquio Palacios, pero todo resultó infructuoso, pues era inexperto e incrementó las ya altas hipotecas sin lograr una mejoría de los negocios familiares. A consecuencia de los pleitos familiares tuvo que viajar a Bogotá, a finales de 1863, para buscar abogados que lo salvaran de la quiebra. En la capital de la Unión entró en contacto con los abogados José María Vergara y Vergara (1831-1872) y Aníbal Galindo. Vergara y Vergara era, para ese entonces, el más importante animador y promotor de la actividad cultural en la capital y sobre todo de los jóvenes escritores, especialmente desde la heterogénea y pluralista tertulia de *El Mosaico*,¹ en la que, dejando de lado los odios y rencillas políticas, se reunían los más importantes intelectuales del momento; al calor de un tradicional chocolate santafereño o de la degustación del agua de ajeno, leían poemas y ensayos literarios, se estrenaban composiciones musicales y se departía sobre distintos temas de la “inteligencia”, unidos por el romanticismo reinante.² Como complemento de la tertulia funcionó una revista quincenal del mismo nombre.

Conoció Vergara y Vergara las inclinaciones poéticas de su joven cliente y lo invitó, en mayo de 1864, a presentar sus poemas en una sesión extraordinaria, en la casa de José María Samper Agudelo (1828-1888), ante catorce escritores.³ El evento resultó todo un éxito para el novel bardo pues obtuvo el reconocimiento como poeta,

1 La tertulia de *El Mosaico* es uno de los ejemplos clásicos de la sociabilidad cultural que se vivió durante la segunda mitad del siglo XIX colombiano. Fue fundada en 1858 por José María Vergara y Vergara y por Eugenio Díaz Castro (1803-1865). La primera época de funcionamiento de la tertulia va entre 1858 y 1860; la segunda, entre 1864 y 1865, es decir, cuando Isaacs entró en contacto con el director natural de *El Mosaico*; la tercera época se extiende entre 1871 y 1872. Vergara y Vergara fue el fundador y primer director, en 1871, de la Academia Colombiana de La Lengua, la primera correspondiente de la española. Junto a Vergara, los fundadores fueron José Manuel Marroquín (primer secretario), Miguel Antonio Caro, Ezequiel Uricoechea y Rufino José Cuervo.

2 Los miembros de la tertulia se reunían en veladas que se llevaban a cabo en las casas de los contertulios, por lo que se les denominó “mosaicos”.

3 Sus nombres: José María Samper, José Manuel Marroquín, Ezequiel Uricoechea, Ricardo Carrasquilla, Aníbal Galindo, Próspero Pereira Gamba, Diego Fallon, José María Quijano Otero, Rafael Samper, Teodoro Valenzuela, José María Vergara y Vergara, Ricardo Becerra, Salvador Camacho Roldán y Manuel Pombo.

ya que, según *El Mosaico*, Isaacs era una “novedad literaria”. La plenaria decidió publicar sus 30 composiciones ligeras, entre sentimentales y festivas —algunas con desaliños métricos—, en las que además de evocar su terruño, como en “Río Moro”, recordaba sus campañas militares, como ocurre en “La muerte del sargento”, “La vuelta del recluta” y “La reina del campamento”. En el acta de recomendación de publicación de las poesías de Isaacs se anota:

Leída la primera composición, experimentámos dos sentimientos: de admiración el primero, admiración semejante á la que produce la vista de una de las magnificas auroras del Cauca.

De temor el segundo, al pensar que aquellas armonías, que tan dulces nos habían parecido, podían quizá desvanecerse, que la inspiración del poeta pudiera haber sido fugitiva.

Pero nuestra admiración creció, y la lectura de las otras composiciones dispipó nuestro temor. Entusiasmados, al fin, ofrecimos al inspirado joven las sinceras simpatías de nuestros corazones expresadas en fervorosos elogios.

Digámosle cuanto podíamos darle; devolvémosle, ahora, impresas las poesías que entonces nos leyó manuscritas; dámosle también nuestros nombres, firmando, no una recomendación, que para tánto no nos creemos competentes, sino una carta de introducción para el público: a éste toca juzgar el mérito del libro que presentamos (*El Mosaico* en Roa, 1895: 3).

Parece que los meses que Isaacs estuvo en Bogotá fueron de intensa actividad intelectual, pues además de asistir a *El Mosaico* también participó en algunas veladas en casa de Miguel Antonio Caro (1843-1909).

Pese a los esfuerzos que realizó, tuvo que vender la hacienda La Manuelita para responder a los compromisos establecidos con más de treinta acreedores. El afortunado comprador —pues la adquirió por las dos terceras partes de su valor— fue el letón, contrabandista de whisky, Santiago Martín Éder (1830-1921), y fueron dichas tierras la base de *Manuelita*, uno de los más importantes ingenios del Valle del Cauca. Desde esa época, Jorge Enrique mostró gran atracción por los viajes, las exploraciones y sobre todo por la observación del paisaje natural y cultural. Aunque dolorosa, la pérdida de la hacienda significó la ruptura con un medio social patriarcal y esclavista, totalmente conservador, y la vinculación al radicalismo, su redención como escritor, como político, como educador y como etnógrafo.

María

De regreso nuevamente al Valle del Cauca y con grandes apremios económicos, tuvo que aceptar, en noviembre de 1864, el cargo en el que lo quiso nombrar Tomás Cipriano de Mosquera: subinspector de los trabajos del camino de herradura entre Buenaventura y Cali, con residencia en el campamento La Víbora, en las selvas de Dagua. Esta obra pública se consideró de cardinal importancia para el país y, sobre todo, redentora para el Cauca, y en ella Isaacs tuvo que manejar entre trescientos y cuatrocientos obreros con los que se compenetró y aprendió a vivir como uno más.

En efecto, allí vivió una experiencia equiparable a la del trabajo de campo de cualquier etnógrafo: habitó en un rancho de palma de chonta; comió una masa hecha con plátano hartón y guineo cocidos, llamado fufú, así como sustancioso sancocho de pescado nayo; en las noches y horas libres escuchó la cadenciosa música de los negros, interpretada en tambores, carrasca y carangana o marimba; aspiró la cóngola o pipa de negros; durmió en hamaca, arrullado por los sonidos de la selva, aunque también tuvo que aguantar el zumbido y picaduras de zancudos, la amenaza de los animales salvajes y las serpientes. En ese ambiente comenzó a escribir los borradores de los primeros capítulos de su novela *María*. Isaacs, en carta autobiográfica a su amigo Adriano Páez, recuerda así la estadía en La Vibora:

[...] hay una época de lucha titánica en mi vida: la de 1864 a 1865; viví como inspector del camino de Buenaventura, que se empezaba a construir entonces, en los desiertos vírgenes y malsanos de la costa del Pacífico. Vivía entonces como salvaje, a merced de las lluvias, rodeado siempre de una naturaleza hermosa, pero refractaria a toda civilización y armada de todos los reptiles venenosos y de todos los hálitos emponzoñados de la selva. Los trescientos o cuatrocientos negros obreros que tenía bajo mis órdenes y con quienes habitaba como un compañero, tenían casi adoración por mí. Trabajé y luché hasta caer medio muerto por obra de la fatigante tarea y del mal clima. Después he hecho cuanto mis fuerzas han permitido, hasta el Congreso de 1878, a favor de la vía redentora para el Cauca; pero nada ha sido eso comparándolo con lo que hice y sufrí como inspector de los trabajos desde noviembre de 1864 hasta el mismo mes de 1865 (Isaacs en Martínez, 2003: 57).

Se trasladó luego a Cali, a la casa paterna de El Peñón, con el fin de recuperarse del paludismo contraído en las selvas de Dagua, y continuó allí la redacción de su *opus magnum*, cuya primera edición (800 ejemplares) apareció en Bogotá en mayo de 1867, en la imprenta de José Benito Gaitán y con la revisión de Ricardo Carrasquilla. El libro, desde un principio, fue un verdadero éxito literario mas no económico, pues en vida Isaacs solo recibió 200 pesos por derechos de autor y, en 1889, 200 ejemplares para que los comercializara. La crítica no se cansó de resaltar la obra, y fue así como el posterior ultramontano José Joaquín Ortiz, en su periódico *La Caridad. Lecturas del hogar*, escribió que “El autor de *María* hace tres [años] que se presentó en Bogotá con un volumen de versos que fueron recibidos con raro entusiasmo; i hace pocos días que ha dado un nuevo volumen en prosa, conteniendo una novela bien elaborada, bien escrita, un ser triple, indefinible, es una Rebeca sajona viviendo Sevilla” (*La Caridad*, 1867: 649).

Dos años después, en 1869, apareció una segunda edición de la novela, esta vez revisada por Miguel Antonio Caro e impresa donde Medardo Rivas (1825-1901).⁴

4 La tercera edición (1878) contó con el mismo equipo editorial: Caro y Rivas. La edición definitiva de *María* data de 1922, cuando sus herederos la publicaron en la imprenta de Camacho Roldán y Tamayo, basados en un ejemplar de la primera edición corregida por el mismo Isaacs y en un cuadernillo que contenía algunas instrucciones preparadas por él para una reedición que nunca pudo realizar (Mejía, 1978b).

A lo largo de la historia de la literatura colombiana, *María* ha sido uno de los libros más difundidos, tanto en Colombia como en el mundo entero, pues a 140 años de haberse publicado por primera vez, se han hecho múltiples ediciones,⁵ aun cuando el analfabetismo de nuestros países llegó a alcanzar, en algún momento, por lo menos el 80% de la población.

María es considerada como la obra cumbre del romanticismo latinoamericano, que es, según el prologuista a la edición de Panamericana Editorial, diferente al romanticismo europeo así tengan elementos comunes como “la idolatría por la naturaleza campesina, la idealización de la sociedad desconociendo los conflictos sociales, la presencia del amor como un imposible”; agrega el comentarista: “Pero los argumentos para igualar juntos romanticismos son imprecisos” (Panamericana Editorial Ltda., 1997: 5).⁶ Y es que en América Latina no se encuentran las búsquedas estético-filosóficas de Goethe, ni el retorno al mundo cultural de la Grecia clásica ni a la sensibilidad místico-religiosa o las feroces diatribas histórico-revolucionarias de Victor Hugo. Citándose a Pedro Henríquez Ureña se apunta en el mismo prólogo:

[...] nuestro romanticismo lo caracterizan elementos específicamente nacionales: es el movimiento estético paralelo a las revoluciones de Independencia (1810-1830) y que canta sus triunfos. El escritor romántico latinoamericano —a diferencia radical del europeo— participa activamente en asuntos políticos de su país [...] Además nuestro romanticismo es idealista —nada escéptico o individualista como el europeo— y busca reflejar una Utopía de cambio permanente [...] (Panamericana Editorial Ltda., 1997: 5-6).

Si tomamos como ciertas las aseveraciones de Henríquez Ureña, el romanticismo de Isaacs está marcado por una visión cristiana y sentimental, totalmente lírica, ambivalente y contradictoria, donde se presenta un amor metafísico rodeado

5 Según el fichero de la Biblioteca Nacional, existen 27 ediciones impresas en castellano de *María* entre 1867 y 2004, e innumerables reimpressiones; incluso, en 2001 se hizo una versión en disco compacto. Entre 1867 y 1889 se publicaron en el exterior 25 ediciones de *María*, de las cuales 14 se hicieron en México, en la Imprenta Aguilar e Hijos, así como traducciones al inglés, francés, holandés y portugués. Hay dos excelentes ediciones críticas: la de Donald Mc Grady para la Editorial Labor de Barcelona en 1970 y la de Mario Carvajal para la Biblioteca de la Universidad del Valle en 1967, que es quizá la mejor. La obra, además, cuenta con dos versiones para cine, dos para televisión y una para radio; tanto para la primera de televisión como para la de radio, *María* fue interpretada por María Eugenia Dávila. La última versión para televisión fue escrita por Gabriel García Márquez, con la dirección de Lisandro Duque. La primera versión para cine data de 1922 y marcó toda una época en la historia del cine colombiano; fue filmada en El Paraíso, bajo la codirección de los españoles Alfredo del Diestro y Máximo Calvo, con la producción del ex franciscano Francisco Posada. Sobre la novela escribieron contemporáneos de Isaacs como Luciano Rivera y Garrido, Eustaquio Palacios, Medardo Rivas, José Manuel Marroquín y Baldomero Sanín Cano, entre otros; en España, José María de Pereda; en Argentina, Miguel Cane; en México, Manuel Gutiérrez Nájera.

6 Es interesante considerar que la primera edición de esta casa editorial se hizo en 1993, y para 2004 se habían adelantado 10 reediciones.

de una atmósfera fúnebre que, sin embargo, expresa más una estética ilustrada que la desmesura de la pasión; debe subrayarse que, en ocasiones, abusó, de acuerdo con López Michelsen (1913-2007), “de ciertos artificios elementales, propios de toda novela romántica, como son las escenas de llanto, con las cuales el autor pretende poner un marco adecuado al intenso dolor de los amantes, y solo consigue dejarnos la sensación de algo artificial, desprovisto de todo calor humano” (López Michelsen, 1976: 205). De todas formas, *María* es, sin lugar a dudas, la primera novela colombiana que rompió sus límites provincianos y se incrustó en la literatura universal.

En *María* se describe y evoca, de manera magistral, el imponente paisaje y naturaleza del Valle del Cauca, elementos que son un personaje más de la obra y que pintó Isaacs unas veces serenos o idílicos, otras desapacibles, sombríos o tempestuosos, a medida que avanzó en la narración del fatal idilio entre María y Efraín o de acuerdo con los estados de ánimo de los protagonistas y demás personajes de la novela. Según María Teresa Cristina, “entre los aspectos más notables de la prosa de Isaacs sobresalen el ritmo cadencioso de su oración y su riqueza cromática en el tratamiento del paisaje. El novelista está atento a los matices y tonalidades de la luz, en las diferentes horas del día, que subrayan la melancolía en los atardeceres en los momentos de ensoñación, que entristecen las noches, o vuelven tenebroso o lúgubre el valle” (Cristina, 2002: 13). Pero Isaacs describió también, sin proponérselo, las diferentes costumbres locales, pues, en palabras de Javier Zúñiga,

[...] no pretendió elaborar estudios sicológicos, reconstruir ambientes históricos [...] ser cronista de su tiempo y descubrir la red que liga el destino individual a las subyugantes entidades producidas por la historia [...] No es un “breviario sentimental de un pueblo”, tampoco el “fiel espejo” de los bellos paisajes y la bella gente de la comarca vallecaucana, no es un “manual” de costumbres regionales, rico en modismos, cual precioso documental que hubiera prefigurado los onerosos afanes del lingüista o del científico social actual (Zúñiga, 1995: 305).

La historia es sencillísima, sin trama, sin acción; el argumento desafía toda descripción, pero ofrece un elemento romántico y fascinador que cautiva al lector. Claro está que ciertos críticos ultramontanos, como el jesuita Pablo Ladrón de Guevara, en su libro *Novelistas malos y buenos juzgados en orden de naciones* (1910), escribió:

Hay, pues, en la novela *María* manifestaciones por toda ella francamente cristianas; hay oratorio en aquella casa; sus moradores oran ante la Virgen Santísima y el Crucifijo, principalmente en las tribulaciones, y también, agradecidos, al comer. Sin embargo, aunque sea el espíritu cristiano, lleva mezclado, más o menos, el mundano. Tal cual vez el voluptuoso, y más aún el sensual (Ladrón de Guevara en Martínez, 2003: 174).

Pero, olvidándonos de tan salido concepto, la base estética de *María* es la nostalgia de los amores de la adolescencia, que de por sí son románticos, y ello, según Gustavo Mejía, “no es otra cosa que la transposición literaria de la nostalgia del sector de clase latifundista-esclavista, que por 1850 en Colombia sufre un intenso

proceso de decadencia, proceso que la familia Isaacs, y muy especialmente Jorge, vivió con especial intensidad” (Mejía, 1978a: x). La nostalgia hace que se describan dos romances centrales: el de María y Efraín, cuyo núcleo humano es la familia de este último y que se refiere a ese sector de clase latifundista y esclavista, cuya historia de amor se frustra, y el de Tránsito y Braulio, cuyo foco lo constituye la familia de un pequeño propietario, José, colonizador antioqueño, amigo de la cacería de osos y venados, con quien Efraín caza un tigre y en cuyas comidas el maíz campeaba por todas partes. El ámbito familiar de José es totalmente diferente al mundo de Efraín, y el amor entre Tránsito, hija del colono, y Braulio, sobrino del mismo, sí prosperó, unión de la que fueron padrinos Efraín y María. Además de estos romances centrales se narran en la novela cuatro secundarios: Nay y Sinar; Carlos —compañero y amigo de Efraín— y María, idilio que rápidamente fracasa; Emigdio —al igual que Carlos, compañero y amigo de Efraín— y Zoila, una “ñapanguita” de raza mestiza, cuarterona; Tiburcio y Salomé. Conjunto de relaciones y, sobre todo, de protagonistas, respecto del cual el mencionado jesuita Ladrón de Guevara consideró que “Algunas descripciones de mujeres, aunque no son deshonestas, tampoco mueven a la castidad, y pueden inquietar, si bien ni lo menos honesto llega a describirlo sino con frase más genérica” (Ladrón de Guevara en Martínez, 2003: 174).

Para los antropólogos ha sido tradicionalmente atrayente la nostálgica, melancólica y triste historia del amor frustrado entre los africanos Nay y Sinar, así como también el romance entre los mulatos Salomé y Tiburcio, y quizá por el componente étnico de ambos y por la información etnográfica allí consignada, aunque, en general, toda la novela está llena de provincianismos, modismos y gentilicios perfectamente explicados en citas de pie de página y, al final del libro, en un vocabulario, sin mencionar las descripciones de diferentes ambientes sociales y culturales —comidas, costumbres, vestimentas, trabajos (como los de la boga en el río Dagua)— del Valle del Cauca rural. Debe subrayarse incluso que, con frecuencia, afloran las contradicciones entre lo rural y lo urbano: “los bogotanos les tienen miedo al sol y a los toros bravos; por eso los muchachos se echan a perder en los colegios de allá. No me dejará mentir ese niño bonito [Carlos, el amigo de Efraín] hijo de don Chomo; a las siete de la mañana lo he encontrado de camino aforrado con un pañuelo, de modo que no se le veía sino un ojo, ¡y con paraguas!” (Isaacs, 1997: 57). Igualmente aparecen las grandes diferencias sociorraciales que, aun para la segunda mitad del siglo XIX, perduraban en la sociedad neogranadina. Es así como, con ocasión del matrimonio de Braulio y Tránsito, el narrador refiere el siguiente pasaje:

—Sí; pero, ¿irá a pie Tránsito al pueblo?

—¡Eh!, exclamó José.

—¿Pues cómo?, preguntó ella admirada.

—A caballo; ¿no están ahí los míos?

—Si a mi me gusta más andar a pie; y a Lucía no es sólo eso, sino que les tiene miedo a las bestias.

—Pero ¿por qué?, preguntó Emma.

- Si en la provincia solamente los blancos andan a caballo; ¿no es así, padre?
—Sí; y los que no son blancos, cuando ya están viejos.
—¿Quién te ha dicho que no eres blanca?, pregunté a Tránsito; y blanca como pocas.
La muchacha se puso colorada como una guinda, al responderme:
—Las que yo digo son las gentes ricas, las señoras (Isaacs, 1997: 111).

O este otro, cuando la mulata Salomé le cuenta a Efraín sobre los celos de Tiburcio:

No lo piense; menos tibante había de ser. Porque le han dicho que es hijo de caballero, nadie le da al tobillo ya en lo fachendoso, y se figura que no hay más que él... ¡Caramba!, como si yo fuera alguna negra bozal o alguna manumisa como él. Ahora está metido donde las provincianas, y todo por hacerme patear, porque mucho que lo conozco; bien que me alegraría de que ñor José le echara a la porra (Isaacs, 1997: 195).

Ahora bien, Nay o Felicianita era la aya negra de Efraín y María, y posiblemente había sido lo mismo para Isaacs. Su historia es la más larga luego del romance principal, ya que ocupa 20 páginas de las 250 que tiene la novela —5 capítulos de los 65 que en total posee el libro—, y abarca desde que Nay era una princesa achanti en África hasta su muerte en el Valle del Cauca. Nay se enamoró de su esclavo Sinar, hijo cautivo del caudillo Orsué de la etnia Achimis, y lo hizo su amante secreto. El padre de Nay, Magmahú, fue derrotado en la guerra que los achantis emprendieron contra los ingleses, y al término de la misma decidió trasladarse a Gambia no sin antes aplacar “la cólera del Tando, ensañado contra mí por mi amor a la gloria, y que le sacrificuemos lo más granado de nuestros esclavos; Sinar entre ellos el primero” (Isaacs, 1997: 155). Ante esto, Nay se desmaya, su padre se entera del secreto y de paso sabe que Sinar es hijo de Orsué, a quien él había dado muerte. Luego de una melodramática escena en que el herido padre amenaza de muerte a Sinar y Nay interviene en su defensa, Magmahú acepta los hechos y decide, junto con su hija y su yerno, desplazarse a Cumasia, el país de los kombu-manez en las riberas del Gambia, donde los emigrantes fueron aceptados y se dedicaron a ayudar a sus benefactores en la cruel guerra que desde tiempo inmemorial enfrentaban contra sus vecinos los cambes.

Al país de los kombu-manez llegó un viejo misionero francés que conocía la lengua achimis y entró en buenos tratos con Sinar, que estaba en vísperas de casarse con Nay por los ritos kombu-manez. El misionero convirtió a Nay y a Sinar al cristianismo y los bautizó a orillas del río Gambia. La noche anterior al casorio, el poblado donde residían fue atacado por los cambes, enemigos de los kombu-manez, acción en la que resultó muerto Magmahú, mientras que Nay y Sinar fueron hechos prisioneros y convertidos en esclavos. Nay, que estaba embarazada, fue vendida a tratantes y separada de su enamorado, y se le envió a América. Una vez superada la tristeza de la pérdida de su padre y de la separación forzosa de Sinar, y luego de salvarse de una epidemia en el bergantín negrero en que estaba cautiva, Nay llegó al puerto negrero de La Habana. La mujer no fue desembarcada en Cuba, y continuó viaje hacia la Nueva Granada, donde fue entregada, clandestina e ilegalmente,

después de 1821 —cuando ya era prohibida la importación de esclavos—, a un comerciante y agricultor irlandés, William Sardick, residente en el golfo de Urabá —no lejos de Turbo— con su esposa la mestiza cartagenera Gabriela. Junto a la pareja, Nay tuvo a su hijo, Juan Ángel, que fue bautizado por el rito católico a los pocos días de nacer.

Al hogar de Sardick llegó, procedente de Jamaica, el padre de Efraín, que traía a Ester —más adelante, en la novela, María—, la hija de solo tres años de su primo Salomón. Padre e hija habían perdido recientemente a la esposa y a la madre, y el atribulado viudo había entregado a la hija al padre de Efraín para que la criara. Rápidamente, Nay y su hijo se hicieron al afecto de la niña huérfana y el padre de Efraín se enteró que Nay había entrado a Nueva Granada en fecha en que, por ley, ya era libre. Ante la venta de la negra y de su hijo a un comerciante neoyorquino que la quería llevar a su ciudad de origen, el padre de Efraín compró a la esclava y le dio la libertad. Ésta, en señal de gratitud y por el cariño que profesaba a la huérfana, decidió internarse con él hacia el Cauca, donde vivían su esposa y sus hijos.

Como se ha sugerido, en buena medida *María* es una novela autobiográfica; narra, con nostalgia, muchos pasajes del “pasado” boyante de los Isaacs, aunque no profundiza mucho. Menciona el colegio del Espíritu Santo, “establecido en Bogotá hacía pocos años, y famoso en toda la república por aquel tiempo” (Isaacs, 1997: 13), y asimismo describe las haciendas del Valle y los supuestos avances allí alcanzados: “En mi ausencia, mi padre había mejorado sus propiedades notablemente: una costosa y bella fábrica de azúcar, muchas fanegadas de caña para abastecerla, extensas dehesas con ganado vacuno y caballar, buenos cebaderos y una lujosa casa de habitación, constituían lo más notable de sus haciendas de tierra caliente” (Isaacs, 1997: 19). Con motivo de la llegada de María, Ester, al seno de la familia, Isaacs cuenta algunos detalles sobre su padre, su familia en Jamaica, etc. Describe a Efraín, su alter ego, como un “teórico” de las siembras, que en las clases que dictaba a su hermana Emma y a María las hacía leer trozos del *Genio del cristianismo* y de *Atala* de Chateaubriand y que, al regresar al Cauca, había llevado una abundante biblioteca entre la que se destacaban la Biblia, *El Quijote*, Shakespeare, Calderón, Hernán Cortés, *La democracia en América* de Tocqueville, entre otros; y que, por haber estudiado en Bogotá y tener muchos conocimientos sobre diferentes materias —contabilidad especialmente—, ayudaba a su padre a ordenar y poner al día cuentas y demás aspectos administrativos de las haciendas.

Lo autobiográfico abarca también la historia de Nay o Feliciano, por la que, sin lugar a dudas, Jorge Enrique sintió particular cariño; sobre todo, por las fantásticas narraciones orales que de ella escuchó, y que contribuyeron a enriquecer la mente aventurera del escritor y su acervo de información:

Aquella mujer que iba a morir lejos de su patria; aquella mujer que tan dulce afecto me había tenido desde que fue a nuestra casa; en cuyos brazos se durmió tanta veces María siendo niña... Pero he aquí su historia, que referida por Feliciano con rústico y patético lenguaje, entretuvo algunas veladas de mi infancia [...].

Niños, María y yo, en los momentos en que Feliciano era más complaciente con nosotros, solíamos acariciarla llamándola Nay; pero pronto notamos que se entristecía si le dábamos ese nombre. Alguna vez que, sentada a la cabecera de mi cama, a prima noche, me entretenía con uno de sus fantásticos cuentos, se quedó silenciosa luego que lo hubo terminado; y yo creí notar que lloraba.

—¿Por qué lloras?, le pregunté.

—Así que seas hombre, me respondió con su más cariñoso acento, harás viajes y nos llevarás a Juan Angel y a mí; ¿no es cierto?

—Sí, sí, le contesté entusiasmado; iremos a la tierra de esas princesas lindas de tus historias... me las mostrarás... ¿Cómo se llama?

—África, contestó.

Yo me soñé esa noche con palacios de oro y oyendo músicas deliciosas (Isaacs, 1997: 152, 170).

Parte de la nostalgia y tristeza que se reflejan en *María* están en el interés y preocupación del narrador por la muerte. Con ocasión de la de Nay, por ejemplo, hace una completa relación de los momentos rituales del velorio de la negra achanti: de la parte cristiana, los rezos, y de la africana los cantos e himnos, entre los que el narrador transcribió cuatro versos que conservó en su memoria:

En oscuro calabozo,
cuya reja al sol ocultan
negros y altos murallones
que las prisiones circundan.
En que sólo las cadenas
que arrastro, el silencio turban
de esta soledad eterna
donde ni el viento se escucha...
Muerdo sin ver tus montañas,
¡oh patria!, donde mi cuna
se meció bajo los bosques...
Que no cubrirán mi tumba (Isaacs, 1997: 172).

Asimismo reconstruyó, de labios de Emma, los últimos días de María, su agonía y su muerte: “Estaba como dormida, pero dormida para siempre... ¡Muerta sin que mis labios hubiesen aspirado su postrer aliento, sin que mis oídos hubiesen escuchado su último adiós, sin que alguna de tantas lágrimas vertidas por mí después en su sepulcro, hubiese caído sobre su frente!” (Isaacs, 1997: 243). No se extendió en el velorio de la protagonista pero narró uno de los momentos de mayor intensidad ritual: cuando Emma, —la hermana de Efraín—, a las tres de la madrugada, cortó las trenzas de María como legado al amante ausente: “Creí —decíame Emma— que al cortar la primera trenza iba a mirarme tan dulcemente como solía si, reclinada la cabeza en mi falda, le peinaba yo los cabellos. Púselas al pie de la imagen de la Virgen, y por última vez le besé las mejillas. Cuando desperté dos horas después, ya no estaba allí” (Isaacs, 1997: 244).

Pero, así como la muerte ocupa algunas de las páginas de *María*, el baile —lo festivo— tiene un puesto importante en las descripciones de Isaacs. El primer baile

que se narra es el del matrimonio de Bruno y Remigia, esclavos de las haciendas del Valle:

No habían sido dos flautas de caña, un tambor improvisado, dos alfandoques y una pandereta; pero las finas voces de los negritos entonaban los bambucos con maestría tal, había en sus cantos tan sentida combinación de melancólicos, alegres y ligeros acordes, los versos que cantaban eran tan tiernamente sencillos, que el más culto *dilettante* hubiera escuchado en éxtasis aquella música semisalvaje (Isaacs, 1997: 21).

Como todo buen escritor judío, en *María*, Isaacs tiene un animal que es presagio de malas situaciones: el ave negra, un cuervo con su peculiar graznido, que aparece por primera vez cuando María sufre su primer ataque de epilepsia. Por segunda vez, cuando Efraín y su padre, en una de las haciendas de abajo, reciben una carta informando la evidente quiebra del segundo, y simultáneamente, en El Paraíso, aparece el ave en el cuarto de Efraín y es descubierto por María, el mismo día del matrimonio de Braulio y Tránsito; un día después del regreso de padre e hijo, el padre cayó a la cama y durante tres días se debatió entre la vida y la muerte con frecuentes delirios relacionados con la quiebra. La tercera ocasión en que aparece el siniestro cuervo es cuando Efraín le dio a María, informalmente, una argolla de compromiso. La última aparición del ave negra sucede al final de la novela, cuando ya ha fallecido María sin haber podido volver a ver a Efraín, quien había viajado a Inglaterra para retornar presuroso un año después, aunque en vano:

Había yo montado y Braulio estrechaba en sus manos una de las mías, cuando el revuelo de un ave que al pasar sobre nuestras cabezas dio un graznido siniestro y conocido para mí, interrumpió nuestra despedida; la vi volar hacia la cruz de hierro, y posada ya en uno de sus brazos, aleteó repitiendo su espantoso canto.

Estremecido, partí a galope por en medio de la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche (Isaacs, 1997: 250).

Pese a que *María* le abrió muchas puertas e Isaacs se convirtió en uno de los hombres más admirados y solicitados de la capital y en uno de los miembros más prometedores del partido conservador, con los años se desilusionó de haber escrito *María*. En 1878 escribiría: “ese libro en boca de los que quieren dañarme! ¿Qué es eso? Si fue un pecado escribirlo, ¿así como ellos lo quieren debo purgarlo? Luciano: ¿por qué nos regocijábamos en un tiempo, por amor al país en donde usted y yo nacimos, viendo el buen éxito que obtenía ese libro?” (Isaacs en Rueda Enciso, 1996: 112). Debe subrayarse que una posición similar asumió cuando *El Mosaico* publicó su volumen de poesías: “nos consta que Isaacs no hacía gran caso de esa colección, y aun hubiera querido que la edición desapareciera completamente” (Roa, 1895: 4).

De conservador moderado a liberal radical

Desde 1864 era miembro de la masonería, pues aparece como activo de tercer grado de la logia Estrella del Tequendama número 11, la de mayor tradición en Bogotá.

Alcanzó el grado 33 y ayudó a crear la logia Aurora del Cauca con sede en Cali, de la que fueron miembros los generales Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1878) y Pedro Alcántara Herrán (1800-1872) y su primo hermano César Conto (1836-1891). Asimismo, mostró serias inclinaciones por el liberalismo radical, de lo cual fue acusado en el Congreso por sus copartidarios, a lo que respondió: “Sí, he pasado de las tinieblas a la luz” (en Rueda Enciso, 1996: 113); sostuvo entonces serios enfrentamientos con la facción ultramontana del conservadurismo: “Se me había formado republicano y resulté ser soldado insurgente en las filas del partido conservador” (ibíd.). A la postre se convirtió al radicalismo, a fines de 1869, lo que nunca le perdonaron sus antiguos correligionarios y sobre todo sus paisanos, en cuya tierra las ideas conservadoras tenían un gran arraigo. Con frecuencia, sus coterráneos caleños se burlaban de él y le inventaban chismes sobre su vida y su cúmulo de fracasos, mientras sus copartidarios liberales lo llamaban “el león herido del Valle” (en Martínez, 2003: 96).

Entre 1867 y 1880, Isaacs ejerció diferentes actividades. Entre 1866 y mediados de 1870 se desempeñó como representante a la Cámara, cuerpo legislativo del que fue secretario en 1869. Desde mediados de 1870 a finales de 1872 fue cónsul de los Estados Unidos de Colombia en Chile. En 1873 trató de convertirse en gran empresario agrícola pero fracasó. De 1874 hasta 1877 fue inspector escolar de Cali, superintendente de instrucción pública del Estado Soberano del Cauca y, por un corto tiempo, encargado de la Secretaría de Hacienda, como también profesor de la Escuela Normal de Popayán. Adelantó su tercera experiencia bélica en la guerra civil de 1876, en la que, entre otras batallas, peleó en la de Los Chancos, de 31 de agosto de 1876, cerca de Tuluá; allí alcanzó el rango de sargento mayor y jefe del Estado mayor de la Tercera División del Ejército del Sur. En 1877 volvió a la Cámara, donde permaneció hasta 1879 y se convirtió, en contra de la corriente, en el gran defensor de la causa liberal radical. A mediados de 1879 se produjo el incidente conocido como la “Lapidación del Congreso”, y el presidente Julián Trujillo clausuró la corporación. Isaacs se negó a asistir a las sesiones extraordinarias y aceptó el cargo de secretario del presidente del Estado Soberano de Antioquia que le ofreció su amigo y coterráneo el general Tomás Rengifo.

Abandonó prácticamente la literatura, pues, salvo la redacción del opúsculo publicado en la Imprenta de Hurtado, en Cali, a sus amigos y a los negociantes del Cauca, en el que explicó su quiebra y donde se refirió a la frustración de no poder tener ni hogar ni tumba en Colombia. En sus horas libres se documentó para escribir un libro que, creía, iba a superar a *María*: se trataba de una trilogía del Gran Cauca, conformada por las novelas *Camilo* (o *Alma Negra*), *Fania* y *Soledad*, para lo cual escribía constantemente a sus amigos del Cauca en solicitud de datos y noticias. Necesitaba obtener información sobre la indumentaria de fines del periodo colonial y principios de la República, sobre modismos y canciones populares, sobre este o aquel detalle de una persona o de un lugar. Solo pudo escribir seis capítulos de *Camilo*, novela sobre la vida de Simón Bolívar; no la pudo terminar porque la imagen de *María*

era más fuerte y poderosa en su memoria que la del Libertador, a quien no consiguió dar cuerpo literario.

Cultivó el periodismo: en Chile colaboró en los periódicos *El Mercurio* y *Sud América* y en las revistas *Santiago* y *Chilena*. En 1875, junto con César Conto, hizo circular la hoja de combate político *Los Motilones*, y en Popayán la dupla de primos editó el periódico doctrinario *El Programa Liberal*, donde Isaacs sostuvo una enconada polémica contra los conservadores clericales y el periódico tradicionalista *Los Principios* de Cali. Mientras se desempeñó como secretario de educación del Cauca fue editor de prensa y dirigió el periódico *El Escolar*; desde donde defendió el derecho de los indígenas y los negros a la tierra e impulsó la educación laica en contra de los curas y de los conservadores. En Medellín ejerció también como redactor de *La Nueva Era*, periódico del régimen y encarnizado defensor del federalismo, desde el cual Isaacs atacó a los nuñistas y a los conservadores.

En enero de 1880, el general Rengifo se retiró, en uso de licencia, de la Presidencia del Estado Soberano de Antioquia y lo sustituyó Pedro Restrepo Uribe. Isaacs encabezó entonces una rebelión, tomó Medellín y se proclamó jefe civil y militar de Antioquia, creyendo tener el apoyo del partido y del gobierno central. Debido a las necesidades de la guerra, hubo de decretar empréstitos forzosos, con amenaza de cárcel contra sus enemigos —que eran sus propios copartidarios—, medidas que le crearon odios y enemistades. Además, la fracción derrocada continuó la lucha y el presidente de los Estados Unidos de Colombia, Julián Trujillo, decidió enviar la Guardia Colombiana, que era el ejército federal, a favor de los partidarios de Restrepo Uribe. Isaacs se vio precisado a firmar un pacto de paz, el 6 de marzo de 1880, en el campamento de Rancho Largo, cerca de Salamina. A finales de ese mes la Cámara le revocó arbitrariamente su credencial con el argumento de haberse sublevado en armas contra el gobierno nacional y haber incitado a la guerra al Estado Soberano de Antioquia. Ese fue el fin de la carrera política de Isaacs. Como producto de esa experiencia escribió una serie de panfletos que aparecieron en el periódico *La Nueva Era* y que se convirtieron en el polémico libro *La revolución radical en Antioquia*, editado ese mismo año de 1880 en la imprenta de su antiguo editor José Benito Gaitán. Durante su permanencia al mando de las tropas revolucionarias en Antioquia se mostró particularmente bárbaro y sanguinario, y en las páginas del libro lo ratificó, ya que en él “incitaba al derramamiento de sangre, a la destrucción y a la muerte, llegando incluso a poner como ofrenda su propio cadáver en el campo de batalla” (Martínez, 2003: 121). De modo que, luego de ese fracaso político y militar, Isaacs no volvió a incursionar en tales campos. Sólo en 1885, con ocasión de la guerra de ese año que dio punto final a los gobiernos radicales, apoyó moralmente al Comité Liberal.

En la Comisión Científica

Voluntariamente se autodesterró de su tierra natal, a la que prometió jamás volver y donde era odiado por los “motilones” de Cali que se burlaban de él y de sus empre-

sas. Se radicó en Ibagué; estaba pobre, sin dinero, por lo que tuvo que vivir en una modesta casa, muy cerca del río Combeima, que le prestó el también escritor Juan de Dios Restrepo, *Emiro Kastos* (1825-1884). Allí se suponía que iba a terminar su novela *Camilo*. Para calmarse de las derrotas sufridas, que le produjeron una aguda crisis nerviosa, con ribetes depresivos, se dedicó a la jardinería. Viajaba constantemente a Bogotá con el fin de buscar un cargo diplomático en la Argentina, pero no tenía el suficiente apoyo político para conseguirlo. En 1881 publicó el primer canto de *Saulo*, poema extenso que quedó inconcluso.

Basado en la lectura de Domingo Faustino Sarmiento, concibió la idea de adelantar un redescubrimiento del país, lo que implicaba caminarlo palmo a palmo en busca de nuevas posibilidades económicas. Obtuvo entonces el nombramiento, por un año y con una asignación anual de 3.000 pesos, de secretario de la recién creada Comisión Científica Permanente, a cargo de un explorador argelino de apellido Manó, que debía continuar las exploraciones iniciadas por Agustín Codazzi (1793-1859) en la Comisión Corográfica que tuvo lugar entre 1850 y 1859. Entre sus funciones tenía que revisar y redactar los trabajos de los demás miembros de la expedición, y escribir sus propias observaciones sobre costumbres, situación de la educación pública, de la higiene y del acueducto y alcantarillado: algo parecido a lo que en la Comisión Corográfica había cumplido Manuel Ancizar (1812-1882), entre 1850 y 1852, y que dio lugar a la publicación de *Peregrinación de Alpha* (1853). Las observaciones de Isaacs se publicarían en los *Anales de Instrucción Pública*.

En octubre de 1881 partió Isaacs para el inexplorado Estado del Magdalena, y durante onces meses, hasta septiembre de 1882, se internó en la Sierra Nevada de Santa Marta, la península de la Guajira, las riberas del golfo de Urabá y las riberas del río Magdalena. Antes de partir, habló Isaacs con Ancizar, su hermano masón; en boca de Isaacs: “el ilustre y bondadoso maestro me estimuló para la ejecución de una obra así, verdaderamente superior a mis fuerzas, y las últimas palabras animadoras, de cariño, casi paternas, que oí de sus labios, diéronme muchas veces persistencia de voluntad, fe en el éxito —ilusoria pero necesaria— y ánimo paciente, probado sin conmiseración en tantas ocasiones” (Isaacs, 1951: 21).

Desde un comienzo las relaciones personales entre los miembros de la Comisión fueron tirantes, e Isaacs decidió continuar por su cuenta y riesgo el periplo, sin descuidar el envío de informes periódicos al gobierno central respecto de los recursos minerales aprovechables. De esos viajes surgió *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena* (1884), que fue severamente criticada por su antiguo amigo y después redomado enemigo Miguel Antonio Caro, quien descalificó a Isaacs tratándolo de darwinista y judío, y defendió y exaltó la abnegada tarea de los misioneros en el mundo entero en pro de la expansión de la fe de Cristo. En fin, el ultramontano combatió las ideas y las actitudes religiosas de su antiguo amigo, negándole todo valor al esfuerzo personal y al trabajo de campo adelantado por Isaacs, lo que es lógico, pues Caro nunca conoció el mar: lo más lejos del perímetro de Bogotá que visitó fue Sopó, donde poseía la hacienda Casablanca.

En concepto de Luis Duque Gómez, en el “Prólogo” a la reedición del estudio hecha en 1951 por la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, para la etnología y antropología colombianas el tratado escrito por Isaacs tiene un valor importante pues sus observaciones tienen que ver con la lingüística, la etnografía y la antropología:

Recogió directamente de los mamos relatos mitológicos alusivos al origen del mundo y a la procedencia de los hombres, según las propias concepciones de su mentalidad primitiva. Muchos de estos mitos y leyendas están hoy completamente desaparecidos o han sido reformados considerablemente en épocas posteriores. De aquí la importancia de estas historias, que sirven como puntos de referencia para el estudio de la evolución de las formas religiosas a través de los tiempos recientes y para medir e interpretar el proceso de aculturación determinado por el contacto moderno entre las tribus indígenas y otros conjuntos étnicos, tales como los grupos de colonos blancos, mestizos y negros.

Además de la presentación de vocabularios (acompañados de alfabeto, sonidos elementales; signos ortográficos —acentuación; pronombres personales y posesivos; adverbios de lugar, cantidad, modo, tiempo, afirmación, negación; expresiones interrogativas; preposiciones; conjunciones; adjetivos; sustantivos; verbos; numerales; nombres propios varones; fraseología), más o menos completos de las tribus de aquellas comarcas (Businka, Guamaka y Guajiro) y una muestra del lenguaje Chimila y Motilón, el trabajo de Isaacs se extiende con algún detalle en consideraciones relativas a la geografía e historia; la interpretación del arte rupestre en varios sitios del Departamento del Magdalena, en adoratorios recónditos de las montañas. Interpretaciones por demás bastante ingenuas (Duque Gómez, 1951: 12).

Ahora bien, la azarosa y a veces frustrante vida que había llevado Isaacs le había generado muchas incertidumbres e inseguridades, así como una modestia que se refleja en el primer párrafo de la introducción al estudio: “La que pide este trabajo, que doy a la prensa con justificable timidez, será lectura inútil para los etnógrafos y arqueólogos que le dediquen alguna atención en otros países de América, si él merece tal honra” (Isaacs, 1951: 15); pero hace un llamado de atención al “estado del arte” de la investigación en ese momento que puede extenderse a la actualidad:

Los hombres de ciencia juzgarán únicamente por la valía o importancia de los resultados; es lo natural y lógico, es su derecho temible; mas los del país sí tendrán en cuenta que sólo ahora está él dando los primeros pasos, vacilantes por lo mismo, en este género de estudios, tan ocasionados a dificultades, hostilidad y peligros en las comarcas salvajes, como amenos en las civilizadas y en la blancura y grato calor del gabinete (Isaacs, 1951: 15).

A lo largo de las 289 páginas de la edición como libro de *Las tribus indígenas del Magdalena* se percata el lector del conocimiento que tenía Isaacs de la historia, de los viajeros que habían escrito sobre la región objeto de estudio, de las necesidades investigativas y de otros aspectos que se insinúan en el introito:

[...] la obra de los territorios ocupados por tribus salvajes, no sólo pide administradores cultos y filántropos y labor de etnógrafos y arqueólogos; requiere misioneros de aptitudes probadas, de virtudes eximias, de mansedumbre y perseverancia admirables. Suponíamelo así antes de estudiar las tribus del Estado del Magdalena, pero aún vacilaba; después no. Ellas son la sangre rica y sana de aquella región de Colombia, son germen valiosísimo y

obligado de toda prosperidad allí; y un absurdo y caro sistema de administración, socaliñas fiscales, torpes abusos, vicios que los mercaderes importan y estimulan, las irritan, las embrutecen y las envenenan (Isaacs, 1951: 18-19).

En la exploración que llevó a cabo, Isaacs descubrió yacimientos carboníferos en los desiertos de Aracataca que lo llevaron a escribir informes sobre las posibilidades de explotación de esas riquezas, y que fueron recogidos en el volumen titulado *Hulleras de la República de Colombia en la Costa Atlántica* (1890). Ideó otra gran empresa con apoyo norteamericano y francés para explotar esas minas. Celebró entonces, el 19 de agosto de 1886, un contrato con el ministro de hacienda, Antonio Roldán, para organizar en 18 meses una compañía con capital suficiente para la explotación, extendiendo el privilegio desde el río San Sebastián o Fundación hasta el Sevilla, y también a las carboneras que la compañía encontrase en el macizo, estribaciones, hoyas y litoral de la Sierra Nevada de Santa Marta, en el territorio de la Guajira y en el golfo de Urabá. De la concesión no derivó provecho alguno y solo después de muchos años, muerto ya Isaacs, la familia obtuvo un mínimo patrimonio gracias a la defensa que de esos derechos hizo Rafael Uribe Uribe (1859-1914).

Diez años permaneció Isaacs vinculado a la región del Magdalena, con algunas interrupciones suscitadas por las fiebres del implacable paludismo, periodos de recuperación en los cuales cumplió labores docentes como director de instrucción pública de Tolima, cargo que ejerció entre enero de 1883 y mayo de 1884, y desde donde editó el periódico *La Escuela de Neiva*. Se dedicó a explorar la región meridional de Cundinamarca, donde creyó encontrar el eslabón perdido.

En 1886, Isaacs efectuó una segunda exploración por las tierras del Magdalena y la Guajira —especialmente la región occidental— en un bote que llamó Cáscara de Nuez, y cuya narración también apareció en los *Anales de Instrucción Pública*. A partir de 1887 colaboró para el diario antioqueño *El Espectador. Periódico político, literario, noticioso e industrial* que en ese mismo año, el 22 de marzo, había estrenado su primer número bajo la dirección del liberal antioqueño don Fidel Cano (1854-1919).

De regreso a Tolima, en 1888, Jorge Isaacs descubrió en los alrededores de Ibagué diversas minas de oro de filón y de aluvión, y otra vez se ilusionó con fundar una gran empresa, pero el paludismo y la realidad se lo impidieron. Los últimos años de su vida fueron melancólicos, a causa de su pobreza y desengaño por la vida; los vivió con su familia en Ibagué, ciudad en la que sus hijos mayores habían establecido una tienda de comercio. Se dedicó a extraer cera y miel, a reclamar de la República el pago de sus trabajos en la Comisión Científica y a tratar de conseguir financiación extranjera para la explotación de las hulleras, circunstancias éstas que le obligaron a viajar constantemente a la ciudad de Bogotá, donde trabó gran amistad con José Asunción Silva y con su familia.

Isaacs había conocido a Ricardo Silva, el padre de José Asunción, en las épocas de la tertulia de *El Mosaico* y posteriormente cuando ejerció como parlamentario y comerciante; amigos ambos de la tertulia, frecuentemente se sentaban a departir. La

amistad se hizo extensiva a José Asunción y continuó luego de la muerte de Ricardo en 1887. Sabemos por el libro de Enrique Santos Molano —*El corazón del poeta* (1992)— que, en 1886, Jorge Isaacs desmontó en Bogotá de paso para Ibagué. Silva lo hospedó en Chantilly, la casa de veraneo que la familia tenía en el semicampestre Chapinero, en las cercanías de la actual iglesia de Lourdes. Isaacs venía cansado de descubrir minas de carbón que nadie le agradecía, y cargado de proyectos de novelas de carácter histórico, algunos de cuyos capítulos les leyó a doña Vicenta, a Elvira y a José Asunción. Esos proyectos literarios quedaron enterrados en las minas ruinosas de carbón en las que, hacía tiempo, el poeta del río Moro había sepultado sus sueños.

La compenetración entre los dos poetas fue fuerte. Para la Navidad de 1887, Isaacs pasó la festividad con la familia de Silva. Más adelante, a finales de noviembre de 1889, el bardo vallecaucano volvió a visitar a la familia Silva y le informó que Rollo Orden, uno de los traductores más famosos de los grandes libros en español, acababa de terminar la versión inglesa de *María*, que sería publicada por Harper Brothers de Nueva York en el primer semestre de 1890. El 4 de diciembre los Silva Gómez se llevaron a Isaacs para Chantilly, donde fue agasajado con una opípara comida el 7 de diciembre, la misma noche que se inauguró la luz eléctrica en Bogotá y en la que por poco se incendia toda la ciudad. Isaacs volvió a visitar a sus entrañables amigos a fines de septiembre de 1890; en esa ocasión, las fiebres malignas le produjeron una crisis que lo mantuvo al borde de la muerte. Elvira Silva lo atendió durante diez días, con sus noches, tarea en la que la asistió el doctor Carlos Esguerra y doña Mercedes Holguín de Uribe. Los esfuerzos de Elvira y de doña Mercedes lograron sacar adelante al paciente, que había sido desahuciado por el doctor Esguerra. El 11 de enero de 1891 murió de neumonía Elvira Silva, e Isaacs le dedicó una conmovedora elegía en carta enviada a José Asunción el 17 de enero. La amistad entre el romántico y el modernista fue devota, limitada apenas por las ausencias del autor de *María*. De todas maneras Isaacs, junto con Elvira Silva, Helena Miralla Zuleta y Baldomero Sanín Cano, fue de los contados amigos que tuvo José Asunción Silva.

El 19 de enero de 1891, ocho días después de la muerte de Elvira Silva, el juzgado segundo del circuito de Bogotá decretó el embargo de los bienes inmuebles de Isaacs a favor de José Camacho Roldán y Compañía, que adelantaba un juicio ejecutivo contra Isaacs. A raíz de esa situación, el escritor volvió a visitar el 24 de enero a sus amigos, pero por razones del duelo familiar se alojó en un hotel capitalino. En ese mismo año de 1891 Isaacs volvió a Bogotá, y el 20 de agosto, junto con Silva, visitó al poeta Rafael Pombo (1833-1912), que se encontraba delicado de salud a consecuencia de una bronquitis. El primero de septiembre, Silva e Isaacs visitaron la tumba de Elvira en el Cementerio Central, y al otro día el autor de *María* partió para Ibagué. En 1893 publicó el extenso poema “Tierra de Córdoba”, dedicado a Antioquia, a la raza antioqueña, a las gentes de la “montaña” entre quienes quiso que se le enterrara, según se lo expresó en carta a su amigo Juan Clímaco Arbeláez.

El 22 de mayo de 1894 volvió Isaacs a la capital del país acompañado de su hijo Lisímaco, con el fin de recibir un homenaje por su labor industrial, y se alojaron en la casa de José Asunción Silva, que acababa de ser nombrado como diplomático en Venezuela. Permaneció Isaacs en Bogotá hasta el 3 de agosto, y se despidió de Silva en la estación de la Sabana: fue la última vez que ambos amigos se vieron.

El proyecto de la trilogía del Gran Cauca solo quedó en la mente de Isaacs, pues murió el 17 de abril de 1895 en Ibagué, en el más total de los anonimatos. En el prólogo a una edición de sus poesías, se lee: “A Isaacs, que es gloria nacional, no se le ha tributado ningún homenaje póstumo. ¿Haremos descendido tanto para no honrarnos a nosotros mismos honrando á nuestros grandes hombres?” (Roa, 1895: 5). Su féretro fue construido por el ebanista de Ibagué don Clímaco Gómez, que cumplió con el deseo de Isaacs de que el cajón debía contener su cadáver permitiendo que este fuera enterrado de pie, de acuerdo con el rito masón. Sus restos mortales fueron trasladados, en 1905, a Medellín en donde la Gobernación de Antioquia le hizo levantar un mausoleo elaborado por el escultor Marco Tobón Mejía.

A manera de conclusión

Jorge Isaacs fue quizás uno de los casos de versatilidad intelectual más representativos de nuestro siglo XIX. Transitó entre la literatura, la etnología, la política, la educación, la confrontación bélica, la diplomacia, el comercio, la industria y la minería —en fin la generación de empresas—, no siempre con la mejor de las suertes, lo que significó una constante errancia no solo de actividad sino residencial (Santiago de Cali, Bogotá, Antioquia, el camino a Buenaventura, Popayán, Santiago de Chile, Ibagué), y más decepciones y frustraciones que alegrías, lo que sobre todo en su última época lo llevó a profundas crisis y depresiones nerviosas. Hijo de un judío converso al catolicismo, promotor del cultivo y explotación de la caña de azúcar en el Valle del Cauca, quebrado con el decreto de manumisión y liberación de esclavos, y de una italo-catalana católica, el joven Jorge Enrique se crió con serias ambigüedades ideológicas: inicialmente conservador y católico convencido, pasó a ser un redomado masón; se inclinó por la civilización pero en algunos momentos cayó en la barbarie. Vida caótica como pocas, como anárquico, perturbado y laberíntico fue el siglo XIX colombiano.

Isaacs Ferrer fue el escritor colombiano más leído en América y en Europa hasta la irrupción de José María Vargas Vila (1860-1933) y, en los tiempos recientes, Gabriel García Márquez (1927), Álvaro Mutis Jaramillo (1923) y Fernando Vallejo Rendón (1942), pero, a diferencia de ellos, el triunfo literario no se reflejó en sus casi siempre menguados recursos económicos. Asimismo, nunca pudo superar las imágenes de María y El Paraíso. Por épocas se refugió en el periodismo. Fue conocido internacionalmente pero constantemente vilipendiado por los colombianos y muy especialmente por sus coterráneos caucanos. Descubridor de la mayor mina

de carbón mineral a cielo abierto, El Cerrejón, nunca pudo disfrutar las mieles de su explotación.

Los particulares ambientes en que creció, se formó y se desarrolló hicieron de él un ser inclinado por lo social. Pese a ser hijo de un esclavista fue un protector de los derechos de los negros, en lo que influyó haber sido amamantado, como muchos de los miembros de la élite de ese entonces, por nanas negras, y ser su primo hermano César Conto, un orgulloso mulato. Educado, aunque no exclusivamente, por laicos, especialmente en el Colegio del Espíritu Santo regentado por el doctor Lorenzo María Lleras (1811-1868), donde se formaron la mayor parte de los radicales; combatió, vehemente, con una tormentosa y beligerante prosa, desde el parlamento, al clero y sus actividades a favor del partido conservador.

Luego de su fracaso político en Antioquia en 1880 y de superar depresiones y crisis nerviosas, e iluminado por la lectura de Faustino Domingo Sarmiento, entendió, como lo hicieron algunos de los próceres de la Independencia (Manuel del Socorro Rodríguez, Pedro Fermín de Vargas, Jorge Tadeo Lozano, Francisco José de Caldas, entre otros), y contemporáneos suyos (Agustín Codazzi y Manuel Ancizar), la necesidad de descubrir de nuevo el país, de recorrer palmo a palmo sus regiones y provincias en búsqueda de ignoradas riquezas, conocimiento que además proporcionaría importantes elementos para gobernar lo que para entonces era ingobernable. Para ese redescubrimiento, el tercero en un siglo, Isaacs se había preparado leyendo crónicas y manuscritos antiguos,⁷ y su principal objetivo se centró en la Costa Atlántica, en la Alta Guajira y en el Magdalena. La Comisión Científica Permanente le proporcionó el medio y pudo adelantar, sin muchos recursos económicos, un viaje fundacional de la joven etnografía del país, plasmado en las mencionadas obras *Estudio sobre las tribus del estado del Magdalena, antes provincia de Santa Marta y Hulleras de la República de Colombia de la costa Atlántica*, en las que además de hacer serias anotaciones etnográficas y mineralógicas pudo reflexionar sobre el país e insistir en la necesidad de los estudios regionales con un sentido protector y civilizador.

En sus últimos años, además de luchar sin resultado positivo alguno para que se le concediera la explotación de las minas de carbón, y como fruto del conocimiento que había adquirido del país en la guerra, la brega política y las exploraciones científicas, comprendió que el futuro del país no estaba en estériles guerras sino en la construcción de una nación “a pesar de sí misma” como bien lo ha subtítulo el profesor David Bushnell en su publicitado libro (1996).

7 Según parece, el tiempo que Isaacs permaneció en la biblioteca pública fue mucho. Su biblioteca personal no era muy grande si tenemos en cuenta que solo constaba de 232 libros que fueron donados por su familia, en 1938, a la Biblioteca Nacional, y que forman el Fondo Isaacs. Aunque pequeño, es una selecta colección de libros especializados en literatura y poesía universales, geografía e historia, con ciertos énfasis en obras relacionadas con viajes.

Más de un siglo ha transcurrido desde la muerte de Isaacs, y unos años más desde cuando transcurrió su peregrina vida. El país no ha entendido, o no ha querido comprender, el legado del escritor y científico, como tampoco el de otros; el único homenaje nacional a la memoria del eminente vallecaucano se concreta en la emisión de un billete de cincuenta mil pesos con su efigie, pero el país se sigue desangrando: hoy, más que nunca, se halla radicalizado y cada vez se ve más lejana una verdadera nación.

Bibliografía

- Bushnell, David (1996). *Colombia: una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*. Planeta, Bogotá.
- Cristina Z., María Teresa (2002). "Presentación". En: Isaacs, Jorge. *María: una mirada fotográfica al Valle del Cauca*. Sylvia Vera Patiño Spitzer, Cali, p. 13.
- Duque Gómez, Luis (1951). "Prólogo". En: Isaacs, Jorge. *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá.
- Isaacs, Jorge (2002). *María: una mirada fotográfica al Valle del Cauca*. Sylvia Vera Patiño Spitzer, Cali.
- _____ (1997). *María*. Panamericana, Bogotá.
- _____ (1978). *María*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- _____ (1951). *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá.
- La Caridad* (1867). Bogotá, N.º 41, 5 de julio de 1867, p. 649.
- López Michelsen, Alfonso (1976). "Ensayo sobre la influencia semítica en 'María'". En: Cobo Borda, Juan Gustavo y Ruiz, Jorge Eliécer (comp.). *Ensayistas colombianos del siglo xx*. Instituto Colombiano de Cultura —Colcultura—, Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, N.º 10, pp. 205-208.
- Martínez, Fabio (2003). *La búsqueda del paraíso. Biografía de Jorge Isaacs*. Planeta, Bogotá.
- Mejía, Gustavo (1978a). "Prólogo". En: Isaacs, Jorge. *María*. Ayacucho, Caracas, p. ix-xxxii.
- _____ (1978b). "Criterio de esta edición". En: Isaacs, Jorge. *María*. Ayacucho, Caracas, p. xxxiii.
- Panamericana Editorial Ltda. (ed.). (1997). "Prólogo". En: Isaacs, Jorge. *María*. Panamericana, Bogotá, pp. 5-8.
- Roa, Jorge (ed.) (1895). *Poesías de Jorge Isaacs*. Librería Nueva, Bogotá, Biblioteca Popular, Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo x.
- Rueda Enciso, José Eduardo (1996). "Jorge Isaacs (1837-1895)". En: *Grandes biografías de Colombia*. Océano, Barcelona, pp. 112-113.
- Santos Molano, Enrique (1992). *El corazón del poeta*. Nuevo Rumbo, Bogotá.
- Zúñiga, Javier (1995). *Historia del Gran Cauca. María en la literatura nacional*. Occidente-Universidad del Valle, Cali, fascículo 16, 29 de enero de 1995.